

MARÍA GUTIÉRREZ ZÚNIGA

LO MASCULINO Y LO FEMENINO. IMÁGENES DONDE EL SER SE COAGULA

LEMOINE-Luccioni, Eugénie. *La partición de las mujeres*. Amorrotu. Buenos Aires, 1982.

La partición de las mujeres es un texto psicoanalítico que, a partir de extraer y extender el alcance de toda una serie de formulaciones e hilos conceptuales de la enseñanza de Lacan, en particular de su seminario XX, "Aún" (1972-1973), —si bien se hace referencia a otros autores incluso de diversa línea teórica—, elabora un tejido cuya trama articula la clínica, el trabajo de casos (sobre todo de la propia autora) y la lectura de textos literarios y mitos que desde su propio estatuto logran aprehender aspectos fundamentales de la dimensión subjetiva.

Aunque el título de la obra apunte exclusivamente a un abordaje de la problemática de las mujeres, y de los desfilareros de la constitución femenina, en realidad —de manera coherente con una posición analítica— se trata de un libro que habla sobre mujeres y hombres; sobre masculinidad y feminidad, porque no se puede abordar la sexualidad femenina sin abordar al mismo tiempo la del hombre a riesgo de hacer de ellas dos entidades; así, una no es pensable sin la otra, uno no es sin el otro, sin el Otro. He aquí la manera como Lemoine da inicio a su libro: *una figura sustituye a otra, una a otra, una a otra, una a otra.*

Hablaremos aquí de hombre y de mujer, como si la distinción fuese evidente por sí misma. Justamente, tenemos basta con que se distingan por ser cada uno el fantasma del otro. Desde allí es posible preguntarse en qué vía los compromete este fantasma y hasta dónde los conduce.

Hoy, en efecto, los conduce a un estado de crisis. Hay querrela y queja, denuncia en el sentido jurídico del término. Pero todas las razones alegadas son insostenibles, ya que, como toda racionalización, encubren y mantienen un beneficio inconfesado; si es verdad que nadie debe ni puede aceptar la esclavitud, cuando ésta es aceptada e incluso pedida subsiste como única pregunta la siguiente: ¿aceptada por qué, con qué beneficio?

Sin embargo, no es posible desoír esta queja. Aunque las razones alegadas por las mujeres sean poco convincentes, hay que tomar nota de su violencia como razón contra la violencia sufrida. (p. 1)

Hay toda una intención en Lemoine al dedicarse sobre todo a pensar la cuestión femenina y su fantasmática singular. Esta intención se hace evidente en el discurso de mujeres en

análisis y en la escucha de una analista - y en esto radica la aportación principal de la autora -, cuya temática y eje principal da, por cierto, nombre al libro. El término "partición", especialmente en lengua francesa (*partage*), se deja deslizar hacia dos sentidos en apariencia opuestos: división y reparto; es en esto donde se circunscribe el margen de posibilidad del devenir mujer. Expliquémonos.

A partir del estadio del espejo (Lacan, 1949), se lleva a cabo uno de los momentos constitutivos del sujeto: en tanto alienado en el deseo del Otro, plasmado en la mirada materna, mirada estructurada por toda una red simbólica que trasciende a la madre y al hijo. Se trata de un momento privilegiado de identificación de sí mismo, a partir de la imagen especular que lo coagula en una imagen ortopédica de sí, y que implica, entre otras cosas, un deslinde en el "esto soy, esto no soy". Para el varón, el deslinde se da a partir de su ser di-

ferente a la madre (ella lo mira diferente de sí misma); por lo que su órgano fálico se instituye en tanto garante de su ser, que se adhiere a una función fálica, a esa función de lo que está y puede faltar (en el otro sexo). Para la niña, las cosas se plantean de manera distinta: ese destino necesario en su constitución es problemático ya que ella se ve mirada como mujer igual a su madre. ¿Cómo diferenciarse de la madre en un momento constitutivo de su ser tan precario aún, sin suprimirse ella misma? ¿Cómo ser mujer sin irremediablemente convertirse en un doble de su madre? Por lo tanto, este momento crucial marca a las mujeres en la encrucijada, quedando la representación de sí adherida a la función de la imagen corporal en tanto totalidad: ella es la imagen de su cuerpo, por lo tanto permanece proclive al fantasma de desintegración y al enfrentamiento continuo con la experiencia del doble de "la otra", queda signi-

fiada en la "partición". Dado que la existencia femenina se ve atravesada por la experiencia de división, las vicisitudes propias de la vida son resignificadas en tanto pérdidas de sí misma, de su propia unidad. Por tanto —y esta es una de las tesis principales de Lemoine— el embarazo y el parto constituyen momentos privilegiados en los que una mujer puede quedar atrapada dentro de una vivencia del hijo como aquello que en lo real viene a resquebrajar, o bien a soldar, su precaria unidad. O también puede trascender a la posibilidad de asumirse ya no sólo en tanto criatura, suspendida en una dimensión narcisista, sino como mujer y madre —diferente de su genitora y, por otra parte, en ese orden preciso que se incluye al régimen de los dones otorgados por la cultura, y que participa en el "reparto" creador, a condición de sostener en sí misma un lugar "vacío" que eventualmente pueda ocupar el amor de un hombre.

Entre una y otra posibilidad media la castración simbólica, en tanto asunción de una pérdida parcial de sí misma, de una renuncia a la completud y unidad del ser, aceptación de una falta irremediable que es la condición para conservar su estatuto como sujeto deseante, y para no advenir inmigrante de la psicosis, condición que rige también para el hombre.

Lo anterior no implica un planteamiento de retorno a la anatomía o una reducción biologicista sino, al contrario, porque finalmente viene a fundamentar el papel mediador de la mirada materna, estructurada y atravesada por el lenguaje y sus coordenadas simbólicas que otorgan un lugar al sujeto en tanto hombre o mujer.

Sin embargo, esto no constituye una existencia desventajosa en relación con la del hombre. Lemoine plantea que es una forma específica de ser y de gozar, frente a la cual el

hombre también tiene su "partición". Este -de acuerdo a la sexuación masculina planteada por Lacan- no vive la división al interior de sí mismo sino en relación con la mujer, como su objeto, objeto causa de su deseo, pero en tanto tal, imposible de alcanzar, perdido para siempre. Podrá gozar del cuerpo de una mujer a condición también de su propia castración simbólica y de reconocer esa imposibilidad de saber sobre su propia división como sujeto, sobre su origen (la madre) -saber representado por la mujer, quien sí sabe, pero no sabe que sabe. Por tanto, nadie gana en este juego.

Lemoine, en una entrevista que se le hizo en 1979 en la Universidad Paul Valéry, en Montpellier, planteó que aquello perdido en la represión constitutiva y originaria en el caso del

1. Entrevista publicada bajo el título de "La mujer en el psicoanálisis", en Lemoine-Luccioni, Eugénie, *¿Las mujeres tienen alma?*, Argonauta, biblioteca de psicoanálisis, Barcelona, 1990.

2. Véase el artículo de Lacan, "El sujeto de la supresión", en *Escritos*, t. I, p. 107.

hombre; es la mujer, y en el caso de esta última, es también la mujer, ella misma es Otra para sí. De esta manera, lo que ambos buscan y gozan en el otro sexo es radicalmente distinto, no complementario, pues aunque una mujer busque un hombre, lo que trata de encontrar finalmente en él es la mujer que no es ella misma: ella es su propio objeto; invoca al hombre en tanto ideal de unidad supuesta. Esto implica, dicho sea de paso, la estructura que sostiene el misterio amoroso, incluso el de la homosexualidad masculina y femenina, puesto que también se encuentra atravesada por la cuestión de la diferencia y de lo Otro, y constituye una forma de vérselas con ello.

Este abordaje sobre la diferencia hombre-mujer resulta ya desde aquí problematizador; sin embargo, la cuestión va aún más lejos cuando la autora lleva al extremo el planteamiento de Lacán en tanto que ser hombre o mujer constituyen posicio-

nes subjetivas respecto a la función fálica,² -posiciones que nunca terminan de asumirse y que se oponen a una concepción de entidades cosustanciales a un órgano genital determinado, ya que pueden no coincidir con el sexo marcado biológicamente. Lamoine dice que dichas posiciones, por un lado, se apuntalan mutuamente, una es condición de la otra, y que por otro lado, el sujeto bascula a lo largo de su vida entre un lugar y otro, identificándose al sexo opuesto, no obstante exista un posicionamiento predominante de hombre o de mujer. Así, frente a vicisitudes que, por su complejidad plantean todo un trastocamiento de los cimientos constituyentes del sujeto, como son los hechos de la paternidad y la maternidad, suele ocurrir un cambio de sexo, un cambio de posición: la mujer puede asumirse fálica, completa, y el

1. Véase el artículo de Lamoine, op. cit., p. 103.

2. Nos referimos a las fórmulas de la sexuación, planteadas en su seminario "Aún".

hombre, feminizado, identificado al misterio de la procreación desde el lado de la mujer. Así, el sexo de un sujeto no sólo implica una asunción subjetiva sino algo que es del orden de lo móvil. Por otra parte, hablar de sujetos hombres y mujeres implica no hacer referencia a tipos puros, ésos, de acuerdo a lo que la clínica revela, no existen. La dialéctica identificatoria que forma parte de la constitución subjetiva conlleva una enorme multiplicidad y entrelazamiento de identificaciones masculinas y femeninas, de tal manera que unas u otras pueden predominar en cada sujeto; y que, incluso, hagan que se encuentren mujeres más "hombres" que algunos hombres, y viceversa. Pero lo que hace aún más difícil la declaración de sexo en un sujeto radica en que tal sucesión de identificaciones carece de un núcleo -ese lugar está vacío- que garantice una cierta tendencia en el desenlace o resultado de las mismas, desenlace que, por cierto, no llega

sino con la muerte, porque finalmente el sexo es del orden de lo que no cesa de no inscribirse, *non scilicet inscribitur*. Todo lo anterior converge en un planteamiento desde el cual puede decirse que para el psicoanálisis el sexo es en cierta medida algo del registro de lo secundario, no en un sentido de prescindibilidad sino que desde la perspectiva del sujeto ser hombre o mujer representa una pantalla, un rostro que es producto del entrecruzamiento de dos miradas distintas: la masculina y la femenina; una síntesis aparente y ficticia, siempre provisional e imposible, del sujeto. De aquí que la ética psicoanalítica se oriente al sostenimiento del sujeto, remontando cualquier ideal de identidad: ser el que se eres, es un asunto de Dios Padre, solamente.

Este libro es un texto importante para quienes están dentro del psicoanálisis, pero no exclusivamente, puesto que plantea una propuesta de reflexión teórica y ética que trascien-

de y concierne a otras disciplinas, campos y problemáticas. De manera particular, una pregunta que surge es: ¿qué implica un planteamiento de esta naturaleza en un contexto de reflexión sobre feminismo y género? La interrogante no es del todo ajena al discurso de Lemoine, ya que en varios momentos, a lo largo de su desarrollo, ella misma se dirige hacia quienes sustentan un pensamiento reivindicador de la mujer: cuestiona cualquier intento de resolver la problemática femenina que conlleve por decreto una conversión a la posición masculina, pues ello supondría dos premisas: una, que la posición femenina está en desventaja respecto a la masculina, y otra, que tal conversión es posible sin una automática negación de sí misma, en tanto diferente de la del hombre. Y dice: «[...] uno y otra no tienen otro medio de existir sino en, esa otra parte cuya travesía es efectuada

por la simbolización. Que el hombre sea "todo" no lo coloca fuera del sistema de la demanda [...] Ni el hombre ni la mujer (ni una mujer) pueden decir: soy la belleza; no más de lo que pueden decir: soy la verdad. Pero si un día, una palabra es dicha, es porque dos voces se cruzan en ella; y si un rostro aparece, es porque la belleza se compone en él. Palabra dicha de uno a otro; belleza de uno contemplada por otro en función de la separación de los sexos. La palabra se oye y la belleza se ve; la condición de ser de uno a otro, hombre y mujer. (p. 37)».

«[...] uno y otra no tienen otro medio de existir sino en, esa otra parte cuya travesía es efectuada por la simbolización. Que el hombre sea "todo" no lo coloca fuera del sistema de la demanda [...] Ni el hombre ni la mujer (ni una mujer) pueden decir: soy la belleza; no más de lo que pueden decir: soy la verdad. Pero si un día, una palabra es dicha, es porque dos voces se cruzan en ella; y si un rostro aparece, es porque la belleza se compone en él. Palabra dicha de uno a otro; belleza de uno contemplada por otro en función de la separación de los sexos. La palabra se oye y la belleza se ve; la condición de ser de uno a otro, hombre y mujer. (p. 37)».

Aquí la reivindicación de las mujeres —es decir, de las que exigen que les sea devuelta una mirada propia— se envuelve en un proyecto fantasmal. Por el contrario, la mujer todavía puede encontrarse en la diferencia, resistiendo

al prestigio del hombre; hasta el punto de no querer ese prestigio, ese derecho de mirada, ese poder de reducir el mundo a objetos. Al precio de esta resistencia, puede caer una palabra, no de uno más que de otro; sino entre los dos. (p. 136)

Daremos punto final a este breve recorrido por el texto con la siguiente observación: En lo que concierne a los estudios de género, se trata de una

propuesta teórica que bien valdría la pena retomar y reflexionar, sobre todo a partir de este planteamiento psicoanalítico desde el cual lo masculino y lo femenino tienen un enlace recíproco, enlace por el que ni uno ni otro se sostienen por sí mismos, y desde el cual, hombre y mujer son semblantes del sujeto; imágenes en las que éste se coagula; pero en las que se da un movimiento pendular y se condensa inextricablemente dicha polaridad.